- El jueves vamos a ver una película sobre el Desembarco de Normandía.

Casi aplaudo con las orejas, de la emoción, al escuchar las palabras de mi padre. Los jueves no teníamos clase por la tarde, y estábamos a martes. Yo no había hecho aun la Primera Comunión, pero ya conocía vagamente tan trascendental acontecimiento histórico y militar por haberlo leído en algún cuaderno de “Hazañas Bélicas”, aquellos tebeos que costaban un duro, tenían la portada de color azul, con el dibujo de un veterano soldado curtido en cien batallas a la izquierda, y llevaban tres o cuatro historietas en su interior: apuestos alemanes contra rusos brutales, dinámicos americanos *versus* repulsivos japoneses y norcoreanos - doblemente taimados, pérfidos y malvados estos últimos, por orientales y comunistas - , y deportivos ingleses por tierra, mar y aire. Casi todas las semanas conseguía que me comprasen uno, y después lo devoraba con fruición, admirando en mi inocencia lo bien que aquellos fabulosos dibujantes, algunos utilizando seudónimos anglosajones, recreaban los combates, los uniformes, las armas y la máquinas de guerra, con un impresionante realismo

Y es que a mi padre le gustaba mucho el cine. Esa fue una pasión que heredé de él -amén de un modesto piso de 90 metros cuadrados, por fortuna entonces ya del todo pagado, una dudosamente útil carrera universitaria de Letras, y algunos ahorrillos depositados en una cuenta corriente del Banco Hispanoamericano-: el gusanillo por meterme -solo o en compañía de otros, y a ser posible de otras… - en

una sala completamente a oscuras, y sentarme a ver y escuchar historias ajenas, con preferencia fantásticas y exóticas, que hicieran viajar mi mente durante un buen rato y excitasen mi imaginación, ya de por sí bastante calenturienta. Él, salvo en las vacaciones, solamente podía acudir a la primera sesión, por culpa de su trabajo, que no conocía días libres durante la semana. Entraba en el periódico a eso de las 8 de la tarde o de la noche - dependía de las estaciones - , primero para ponerse delante de una monstruosa linotipia, más alta que un pivot de baloncesto, con una liviana visera de celuloide protegiéndole precariamente la vista (el pobre era miope perdido), y más tarde corrigiendo las pruebas a toda prisa, sentado en el interior de una minúscula cabina acristalada, al lado de las enormes bobinas de papel que minutos después alimentarían la cotidiana voracidad de las rotativas. Por eso siempre me llevaba al primer pase del día, alrededor de las cinco, y a veces incluso antes, si la película se prolongaba más allá de las tres horas.

Sus actores favoritos eran Spencer Tracy y John Wayne. Aun recuerdo la tarde en que fuimos a ver una película protagonizada por el primero de ellos. Apretaba el verano, y yo tendría alrededor de siete años. La daban en un cine de sesión continua y programa doble, casi vacío a aquellas horas y con aquel calor, una sala pequeña, estrecha y destartalada, con incómodos asientos azules y penetrante olor a Zotal, un popular y enérgico desinfectante, pero tan solo vimos el largometraje inicial. Y este me resultó francamente extraño. La

acción transcurría en un paraje que sin lugar a dudas pertenecía al Oeste americano, y la mayoría de los actores llevaban sombreros de ala ancha y vestían pantalones tejanos, pero ni se veían por ninguna parte caballos, ni tampoco nadie lucía revolver al cinto. Había automóviles, aquellos armatostes de los años 40, de formas redondeadas y macizas, como los que aun se veían a veces por la ciudad, haciendo las veces de taxi, pintados de negro y con una raya verde horizontal que se extendía de proa a popa. Y el protagonista llegaba a un villorrio que se achicharraba en medio del desierto, donde Cristo dio las tres voces, en un tren que debía llevar años sin detenerse en aquella polvorienta estación, y que no se parecía en nada a los que yo había visto en otras películas *de vaqueros*, con la locomotora echando nubes de humo como si fuera la chimenea de alguna fábrica, sino en un convoy moderno, limpio, aséptico y muy largo, semejante a una gigantesca serpiente metálica y plateada que se desplazase rectilínea por la llanura árida, movido por una poderosa máquina de gas oil. Era un tipo viejo, de cincuenta y tantos *tacos*, y vestido con un traje negro, que en una mano sujetaba un maletín, aunque la otra no se le veía, pues la manga daba la impresión de estar vacía, de lo cual deduje - a pesar de mis pocos años - que era manco. Y los cuatro gatos que vivían allí recibían a aquel forastero, a quien nadie había invitado, con la misma hostilidad que se gastaban en los viejos días del Salvaje Oeste hacia todo el que se atrevía a venir de fuera.

Aquella película tan rara no me gustó gran cosa entonces, pero, ¡ qué diablos !, era cine, y el cine constituía una verdadera fiesta para mí y para todos los de mi edad, igual que cuando nos compraban un tebeo en cualquiera de los muchos quioscos que salpicaban la ciudad de cabo a rabo, después de dar un poco- o un mucho -la murga, para que nos callásemos y dejásemos de molestar a los mayores, que bastantes problemas tenían ya encima, sempiternamente agobiados y de mal humor porque la vida estaba muy *achuchada*, o al menos eso era lo que nos decían siempre los adultos cuando nos hacíamos notar más de la cuenta.

Mi padre también me llevaba a ver muchas en las que salía John Wayne. La mayoría me agradaban, porque solían tener mucha acción, ya transcurriese esta en el Far West, la sabana africana o cualquier campo de batalla de la Segunda Guerra Mundial, tan cercana en el tiempo todavía, pero recuerdo una igualmente bastante extraña, que me dejó perplejo, y de la cual se me quedaron grabadas, con esa contumaz persistencia de lo aprehendido en los primeros años, un par de escenas. La una mostraba una estruendosa y festiva pelea entre militares de diferentes armas del ejército americano, marinos contra aviadores, que se enfrentaban a tortazos, muy en la tradición del *slapstick* fordiano, en una especie de centro de convenciones, mientras que la otra transcurría en alta mar, y en ella, mediante una especie de teleférico del que colgaba una silla con arnés, pasaban a un hombre -el mismísimo Wayne, cuyo personaje estaba ya bastante *perjudicado* - de

un buque de guerra a otro. Y la película tampoco ocupó en aquel momento un lugar entre mis preferidas, pero esas dos escenas en concreto jamás he podido olvidarlas.

Sin embargo, la gran superproducción que reconstruía con todo detalle el Desembarco de Normandía me encantó. Se titulaba “El Día más largo”, y hacía honor a su nombre, pues duraba casi tres horas. Aunque yo era aun muy niño, la disfruté a conciencia, a pesar de haber sido filmada en blanco y negro, seguramente para mantener de una forma más fidedigna su textura documental. En ella trabajaban multitud de artistas muy conocidos, la mayoría interpretando papeles muy cortos. El comienzo ya era de por sí impactante: sobre la arena de la playa - se supone que la célebre y ensangrentada *Omaha Beach* - se veía abandonado el casco de un soldado americano, equipado con esa redecilla que empleaban algunos, mientras sonaba una música que a mí entonces me pareció muy tétrica, y que años más tarde identificaría como inspirada en la Obertura de la Quinta Sinfonía de Beethoven.

Inmediatamente después aparecía un grupo de generales alemanes, vestidos con sus característicos y largos abrigos y sus inconfundibles gorras proyectadas hacia arriba, inspeccionando en la costa francesa del Canal de La Mancha las fortificaciones del llamado ”Muro del Atlántico”, encargadas de contener el inminente ataque aliado y que se suponían